

Las Filipinas: El Desarrollo de Naciones y la Pacificación

Dr. Brian McAllister Linn

ALGUNAS ideas en este artículo tienen sus raíces en las discusiones que se desarrollaron durante el XXI Seminario Anual de Historia Militar en la Universidad de North Texas en el año 2003. Una versión anterior del artículo fue publicada en *Armed Diplomacy* (Instituto de Estudios de Combate, Fuerte Leavenworth, Kansas, 2003).

En un artículo en la revista *Atlantic Monthly*, “Ten Rules for Managing the World” (Diez Reglas para la Gestión del Mundo), Robert Kaplan enumera “Recordar las Filipinas” como la regla número 7. Kaplan enfatiza que entre las lecciones del primer enfrentamiento exitoso de los EE.UU. en una guerra de guerrillas en ultramar en las Filipinas se encuentra la importancia de soldados destruyendo una resistencia militar. Las acciones cívicas y el desarrollo de naciones (*nationbuilding*) son elementos importantes, hasta cruciales, de una ocupación militar y una paz duradera, pero la derrota militar del enemigo debe ocurrir primero.

Kaplan también enfatiza los roles cruciales que juegan los oficiales militares, subalternos y superiores en particular. Al carecer de las medidas y la tendencia de obedecer una estrategia de contrainsurgencia centralizada y uniforme, desarrollaron sus propias campañas de pacificación. Al ajustarse a la naturaleza de la resistencia enemiga, las condiciones geográficas y socioeconómicas en sus áreas de operaciones, los oficiales desarrollaron eficaces políticas locales de contrainsurgencia para lo que era en esencia una resistencia localizada.¹

¿Desarrollo de naciones o asimilación benévola?

Cuando los historiadores o periodistas evalúan las lecciones de las Filipinas para quienes actualmente imponen la paz, deben primero definir sus términos. Las

audiencias de hoy en día tienen conocimiento de términos tales como la imposición de la paz y el desarrollo de naciones no empleados por los oficiales de hace un siglo y en algunos casos, no concebidos como ser parte de las misiones militares.

Ya sea que los historiadores sientan la necesidad de continuar el empleo de una terminología arcaica, pero históricamente correcta, o adaptar al empleo actual es más que una sutileza académica; tiene ramificaciones importantes en la evaluación de las lecciones históricas así como en la utilidad de la historia. No estoy convencido de los términos de *nationbuilding*, operaciones militares de no guerra o imposición de la paz, los cuales son políticamente correctos, burocráticamente dirigidos, y tan vagos que a menudo son causa de confusión en vez de claridad. En la mayoría de casos, los términos empleados por las fuerzas imperiales—guerra de salvajes, pacificación, expediciones punitivas, castigamiento y esfuerzos policíacos imperiales—son mucho más precisos.

Sólo al emplear el más complejo raciocinio se puede describir la misión militar de los EE.UU. en las Filipinas como desarrollo de naciones. En 1898, el Presidente William McKinley no tenía la intención de preservar ni crear una nación Filipina separada. Su posición, que mantuvo aun al enfrentar mucha evidencia de lo contrario, era que la victoria del Comodoro George Dewey en la bahía de Manila había efectivamente quebrado el gobierno de España en las Filipinas, siendo necesario “desplegar un ejército de ocupación a las Filipinas para el doble propósito de completar la reducción del poder español... y de establecer el orden y seguridad en las islas mientras que [eran] posesiones de los EE.UU.”²

McKinley enfatizó que los EE.UU. mantuvieron el control de las Filipinas no por su propio beneficio, sino para el bienestar de los filipinos. El control norteamericano les

proporcionaría tanta libertad individual, gobierno, educación, desarrollo interno y protección legal como podían ser absorbidos en forma segura. En diciembre de 1898 McKinley resumió esta política de la mejor manera posible como “la asimilación benévola que sustituye la ligera oscilación de la justicia y el derecho al dominio arbitrario.”³ En este contexto, McKinley consideró el papel del Ejército como el de ocupar el resto del archipiélago “para proteger la población indígena en su hogares, en sus empleos y en cuanto a sus derechos personales y religiosos.”

Algunos sostienen que un elemento implícito en la retórica de McKinley era la promesa de que si los filipinos demostraban su aptitud para el auto gobierno, serían liberados del tutelaje norteamericano. Mientras tanto, tal situación era distante. Desde el principio, el Gobierno de McKinley negó el estatus territorial para el archipiélago que fue otorgado a Hawai y Puerto Rico aclarando sin lugar a dudas que “entre la población de las islas cedidas y los EE.UU. la anterior es sujeta a la soberanía completa de los últimos.”⁴ McKinley esencialmente consideró las Filipinas como una colonia, y no una nación en formación.⁵

Las opiniones en el cuerpo de oficiales del Ejército de los EE.UU. eran un reflejo de las de los líderes políticos del Gobierno de los EE.UU. La mayoría de oficiales, incluyendo una minoría que se opuso a la anexión, tenía opiniones hostiles tanto paternalistas como racistas respecto al desarrollo de naciones.⁶ De hecho, para estos oficiales, los numerosos proyectos cívicos; la construcción de escuelas, caminos y mercados; y la supresión de pillaje, esclavitud y violencia eran justificados porque los “nativos” eran incapaces de gobernarse y continuarían siendo así por un tiempo indeterminado.⁷ Según los oficiales del Ejército, existían muchos elementos paralelos entre el servicio en contra la población indígena de Norte América y los habitantes de las Filipinas, especialmente los moros. Esta comparación es una prueba fehaciente del punto de vista del Ejército en cuanto a su misión.

Oficiales del Ejército como el Mayor Hugo Lenox Scott, el Gobernador Militar del Archipiélago Sulu, que tenía extensa experiencia cívica y militar con los indios y moros, sostuvo que ambos grupos eran “niños del mundo”, y que requerían “paciencia paternal”.⁸ Scott opinó que su tarea no consistía en la creación de una nación, sino en servir como un “preceptor para aquéllos que, desde el punto de vista de la humanidad civilizada, nuestro gobierno consideraba como menos avanzados.” Scott se destacó con gran distinción durante sus tres años como gobernador en el Archipiélago Sulu y trabajó, a gran detrimento de su salud, para producir beneficios sociales, políticos y económicos a los moros. No obstante, cuando se presentó una nueva oportunidad profesional, no tuvo ningún problema para irse, porque, “Yo no era misionero, sino soldado.”⁹

El término desarrollo de naciones es inadecuado para describir la política militar de los EE.UU. en las Filipinas,

pero debemos tener cuidado con sustituir el término asimilación benévola, aunque este término era uno de los pilares de la política militar de los EE.UU. en las Filipinas y, en algunas regiones, tal vez el aspecto más importante de la ocupación norteamericana.

El Ejército rápidamente convirtió a Manila, un centro de enfermedades epidémicas, en una ciudad modelo. Se invirtieron millones de dólares y mano de obra para excavar el puerto de Manila; emplear equipos para limpiar las calles; limpiar las cloacas y canales; construir caminos; e instituir una gran variedad de otras reformas cívicas. Entre julio de 1899 y junio de 1900, el Ministerio de Salud

No estoy convencido de los términos de nationbuilding, operaciones militares de no guerra o imposición de la paz, los cuales son políticamente correctos, burocráticamente dirigidos, y tan vagos que a menudo son causa de confusión en vez de claridad. En la mayoría de casos, los términos empleados por las fuerzas imperiales—guerra de salvajes, pacificación, expediciones punitivas, castigamiento y esfuerzos policíacos imperiales—son mucho más precisos.

vacunó a 114.000 filipinos en contra de la viruela, refrenó una epidemia de peste bubónica y redujo la tasa de mortalidad causada por enfermedades de 1.090 en noviembre de 1899 hasta 599 en junio de 1900.¹⁰

Continuó el énfasis en las acciones cívicas a medida que el Ejército se desplegaba a través del campo de Luzón y otras islas. Donde sea que se encontraban las guarniciones militares, los soldados construyeron escuelas, caminos y clínicas de salud, así como entrenaron las fuerzas policíacas. Éstos eran símbolos tangibles del Progresismo Norteamericano.

La asimilación benévola también fue evidente en la percepción y trato de civiles filipinos. Según McKinley, los norteamericanos debían comportarse de una manera en “que nuestra bandera puede ser igualmente querida en las montañas de Luzón como en las zonas fértiles de Mindanao y Negros como lo es en nuestro mismo hogar y que tanto allá como acá será un símbolo profundamente respetada de la libertad, conocimiento y progreso en cada área de desarrollo”.¹¹

Después que estalló el combate el 4 de febrero de 1899, McKinley insistió que la resistencia armada era causada por una combinación de ignorancia y “ambición siniestra de unos cuantos líderes de los filipinos”, declarando al Congreso, “No entablamos la guerra en contra de los habitantes de las islas Filipinas. Un grupo de ellos han entablado la guerra en contra de los EE.UU.

La gran mayoría de los habitantes reconoce la soberanía norteamericana y la aceptan como una garantía de orden y seguridad para la vida, propiedad, libertad de conciencia y felicidad personal. A ellos les proporcionaremos una protección total. No serán abandonados. No dejaremos el destino de millones de leales en las islas a manos de miles de desleales que se encuentran en un estado de rebelión en contra de los EE.UU.⁷¹²

En esta como en otras declaraciones McKinley manifestó claramente que elevar las condiciones y proteger la población civil eran aspectos centrales de la misión del Ejército. No obstante, aclaró igualmente que los EE.UU. tenía un derecho absoluto de dirigir el futuro de las Filipinas; no existiría ningún compromiso con quienes se opongan a la autoridad norteamericana.

Al reemplazar el establecimiento de un gobierno colo-

McKinley enfatizó que los EE.UU. mantuvieron el control de las Filipinas no por su propio beneficio, sino para el bienestar de los filipinos. El control norteamericano les proporcionaría tanta libertad individual, gobierno, educación, desarrollo interno y protección legal como podían ser absorbidos en forma segura.

nial o instituir reformas sociales, McKinley ordenó que el gobierno militar “sea extendido empleando todo despacho posible a todo el territorio cedido.”⁷¹³ Su directiva imponía un itinerario específico sobre las fuerzas norteamericanas que contradecían su reclamo que la resistencia armada en contra de la autoridad norteamericana pronto colapsaría como resultado de contradicciones internas.

La orden de extender el control militar y la oposición por parte de McKinley de reconocer la legitimidad del gobierno del Presidente filipino Emilio Aguinaldo contribuyó al estallido del combate el 4 de febrero de 1899 e influyó grandemente la estrategia militar. En los primeros meses de 1899, a pesar de su deseo de concentrarse en objetivos militares en la región central de Luzon (es decir, el ejército de Aguinaldo), el General en comando en las Filipinas, el General Elwell S. Otis tuvo que enviar tropas a teatros subsidiarios tales como a la zona de Negros, Mindanao, Panay y al Archipiélago Sulu. Ya sea correcto o no, Otis permanecía convencido de que el ejército de Aguinaldo era el centro de gravedad, pero además debía cumplir con las órdenes de McKinley de proporcionar gobierno, estabilidad y protección a los habitantes.

En diciembre de 1899, después de que las fuerzas norteamericanas destruyeron al ejército de Aguinaldo, la necesidad de extender el gobierno militar se volvió más importante. El número de guarniciones militares

aumentaron de 53 en noviembre de 1899 a más de 400 el siguiente año. El sucesor de Otis, el General Arthur McArthur, acusó a Otis de despilfarrar mano de obra y de fracasar en concentrar suficientes fuerzas para garantizar resultados decisivos, aunque Otis había incrementado el número de guarniciones.

Sólo con gran dificultad podemos definir la misión de *nationbuilding* del Ejército, lo cual no equivale a no poder establecer que algunos aspectos de la misión del Ejército no involucraron tareas similares—restaurar un estado de leyes y de orden. Tal restauración ocurriría a varios niveles desde la elaboración por parte de Otis de un nuevo código legal para el archipiélago hasta el establecimiento por parte de cada comandante de guarnición de nuevas fuerzas policíacas; proporcionar seguridad a los comerciantes y oficiales públicos; y finalmente, suprimir bandidos, sectas religiosas y guerrilleros.

Los oficiales del Ejército estaban profundamente involucrados en la restauración de la economía de las filipinas y el establecimiento de mercados, alentando la inversión, eliminando a las tarifas opresivas y iniciando un intercambio comercial. En el proceso, a menudo se tropezaban con una fuerte oposición de parte de los colegas que buscaban emplear la guerra económica como instrumento para aplastar a la resistencia. Más aun, muchos de estos esfuerzos (en la educación, el gobierno, y en disminuir la influencia eclesiástica, en el establecimiento de una burocracia funcional y un sistema judicial independiente) eran pasos esenciales en la creación de estado filipino.

La experiencia de las Filipinas proporciona lecciones prácticas importantes, acerca de *nationbuilding* que deberían ser estudiadas por los oficiales de hoy, a un nivel fundamental. Las fuerzas militares norteamericanas no estaban involucradas en *nationbuilding* porque eso no fue lo que se les ordenó hacer. Ni McKinley, sus suboficiales de mayor jerarquía, ni los oficiales encargados de imponer las políticas gubernamentales en el archipiélago presagiaron que sus esfuerzos ocasionarían el surgimiento de las Filipinas como nación independiente.

La naturaleza de la guerra

Si los oficiales norteamericanos desean seguir el llamado a atención de “Acuérdense de las Filipinas” deben comprender la naturaleza de la guerra que se llevó a cabo allí. La ortodoxia académica norteamericana actual, promulgada en libros de texto, periódicos profesionales y documentarios en la televisión, mantiene que la guerra fue meramente un ejercicio en racismo, crueldad, y hasta genocidio.¹⁴ Los estudiosos nacionalistas filipinos presentan un punto de vista igualmente distorsionado de los revolucionarios sublevándose en armas en contra de los plutócratas imperialistas y colaboradores. Para apreciar la guerra y poder sustraer lecciones, debemos comprender la naturaleza del desafío insurgente y la pacificación



Departamento de Defensa

Un joven transporta abastecimientos empleando un "Caraboo" en Manila (1899).

norteamericana.

El desafío insurgente. Dado que la asimilación benévola dependía de la cooperación filipina, fue necesario para los insurgentes prevenir la colaboración e imponer su propio control sobre la población. En muchos aspectos, eso implicó una extensión al entero archipiélago de las políticas y métodos que los norteamericanos habían practicado sólo en una pequeña área de control en 1899.

A medida que los norteamericanos avanzaban a las provincias, los comandantes guerrilleros locales emitieron proclamaciones que enfatizaban que el deber de todos los filipinos era resistir a los invasores y declararon que cualquier individuo que cooperaba con el enemigo sería considerado un traidor y sujeto al castigo más severo. Los insurgentes hallaron que el terror era un fuerte argumento en contra de lo que denominaron la "política de atracción" de los norteamericanos. De hecho, cuatro días después del comienzo de la guerra, ejecutaron al alcalde de un suburbio de Manila que intentó rendirse a los norteamericanos.¹⁵

Los guerrilleros escogieron las propiedades de los colaboradores para su destrucción, aunque a menudo la misma se llevó a cabo en forma indiscriminada con la intención de intimidar a comunidades enteras tanto como para castigar a individuos. A medida que los norteamericanos ocupaban más pueblos, los ataques públicos contra los colaboradores llegaron a ser más comunes, y los informes de incendios, secuestros y asesinatos eventualmente llegaron a alcanzar proporciones enormes entre los cuales miles de incidentes que no fueron reportados.

Gobiernos clandestinos. Desde el principio, los

elementos revolucionarios e insurgentes intentaron negar a los norteamericanos los medios de implementar el gobierno local. En algunas áreas, los revolucionarios crearon gobiernos clandestinos para recaudar impuestos, imponer leyes y proporcionar servicios sociales a sus partidarios. Algunos filipinos ocuparon posiciones en los gobiernos insurgentes así como con el gobierno de los EE.UU. Cooperaron completamente con los ocupadores en las reformas sociales tales como los proyectos de salud pública, escuelas y caminos, a medida que castigaban a los colaboradores que trabajaban con los EE.UU. así como también recaudaban impuestos para las fuerzas locales de la guerrilla.¹⁷ A pesar de que los norteamericanos estaban convencidos de que casi todos los filipinos que ocupaban cargos gubernamentales jugaban un rol doble, una variedad de factores inhibieron el establecimiento de gobiernos clandestinos, el principal siendo la carencia de dirección central—o, muy a menudo, cualquier dirección—sobre las fuerzas de la resistencia.

A partir de diciembre de 1899 en adelante, Aguinaldo siguió siendo un fugitivo que tenía poco control sobre o comunicación con sus subalternos en Luzón o aun con los movimientos descentralizados de la resistencia en otras partes del archipiélago. Como consecuencia, nadie supervisó ni coordinó las acciones de los gobiernos revolucionarios locales. Aguinaldo y sus partidarios lentamente reconocieron su propio potencial y escogieron más bien una estricta política de desobediencia en contra de los ocupadores. Se anticipaba que todos los oficiales cívicos rehusarían servir en los gobiernos controlados por

los EE.UU.; de hecho, se disuadió todo contacto entre la población filipina y los norteamericanos. Muchos comandantes insurgentes emitieron proclamaciones que todos los pueblos que aceptaban el control norteamericano fueran destruidos y sus poblaciones aniquiladas. En algunas áreas, eso asumió la forma de despoblamiento de zonas y desplazando a los habitantes a distritos “seguros”. Aunque estas medidas lograron algún éxito temporal, a largo plazo estos esfuerzos ayudaron a los EE.UU.

Incapaces de sobrevivir en el campo, los refugiados regresaron a sus tierras ancestrales bajo la autoridad norteamericana. En parte debido a los ataques insurgentes, rápidamente se dieron cuenta que sus vidas dependían de la cooperación con las fuerzas militares. Las élites que formaban el corazón del liderazgo insurgente se percataron que la vida en el campo era físicamente debilitante y las separaban de sus negocios y familias. A medida que los EE.UU. incrementaron la presión sobre ellos por medio de decomisos, multas y arrestos, su política de desobediencia se volvió cada vez más difícil de sostener.

Debido a naturaleza polémica, aún fratricida, de los movimientos locales de resistencia, los oficiales del gobierno local a menudo se encontraban atrapados en el medio de las fuerzas de jefes rivales de la guerrilla. En una provincia, por ejemplo, un comandante local protestó que sus rivales estaban socavando sus esfuerzos de establecer un gobierno clandestino al matar cualquier a individuo que asumía una posición cívica.¹⁸ Los gobiernos clandestinos eran además muy vulnerables. Bastaba que exista un informante, un documento capturado, un error en las cuentas cívicas o un incidente sospechoso para que se alertara a la guarnición militar. Con el correr del tiempo esta vulnerabilidad incrementó mucho, especialmente después de llegó a ser obvio que los norteamericanos estaban ganando, e incrementó el número de filipinos con intereses genuinos en el nuevo gobierno colonial.

Los esfuerzos de pacificación de los EE.UU. Como fue el caso con la resistencia filipina, se implementaron los esfuerzos de pacificación o contrainsurgencia de los EE.UU. esencialmente a nivel regional. Pero a diferencia de la resistencia, el Ejército siempre tenía un elemento de control y dirección centralizado en los cuarteles generales del Ejército y Armada en Manila. La estrategia militar de los EE.UU. en 1899 era eliminar las fuerzas convencionales de los filipinos y, a medida que derrotaba estas fuerzas, establecer un gobierno militar, suprimir la resistencia armada y pacificar (o sea, imponer el control, el imperio de la ley y orden) sobre la población. Para llevar a cabo esto se requería más que sólo ocupar las grandes ciudades; se requería llevar la guerra a los lugares más lejanos.

La importancia de comandantes locales. La guerra en las Filipinas confirma de manera abrumadora la necesidad absoluta de tener oficiales de buen carácter, iniciativa y humanidad en las operaciones de contrainsurgencia. Desde

Manila, el alto mando de los EE.UU. promulgó las políticas, pero fueron los oficiales que trabajaban diariamente con la población los que jugaron roles claves en cuanto a su implementación. De hecho, como concluyó un observador, “Es un hecho que la disposición de casi todos los pueblos en el archipiélago depende de un oficial u oficiales que han ejercido el mando en ese pueblo.”¹⁹ Centenares de pequeñas guarniciones—esparcidas, aisladas y enredadas por una población hostil o apática—tenían que establecer el orden las zonas adyacentes.

Los comandantes de guarnición encabezaron las patrullas en las montañas y selvas, lucharon en contra de la guerrilla y desarraigaron los gobiernos clandestinos en los pueblos bajo su control. Tomaron la iniciativa y reclutaron tropas irregulares; establecieron estrechas relaciones con los políticos locales; negociaron la rendición con jefes de la guerrilla; formaron redes de inteligencia; y construyeron caminos, escuelas y farmacias. Para los aldeanos y los guerrilleros, estos comandantes representaban los EE.UU. y su promesa de un gobierno honesto, eficaz y progresivo. En una guerra entablada esencialmente por fuerzas locales para el control local, el papel del comandante de la guarnición fue uno crucial para lograr la victoria.

El establecimiento de guarniciones. Los esfuerzos de pacificación de los EE.UU. a principios del siglo XX se basaron tanto en la ocupación de territorio hostil como en las operaciones activas en el campo. Al fin, las tropas de los EE.UU. ocuparon más de 600 pueblos. En el proceso, el Ejército llegó a integrarse profundamente en la sociedad filipina.

Con pocas excepciones, se desplegaban las compañías a uno o dos puestos durante sus períodos de servicio de 12 a 16 meses; se desplegaban los regimientos en sólo una o dos provincias; y los generales de brigada comandaron sólo un distrito militar. Esta estructura proporcionó una variedad de resultados importantes. Los soldados se familiarizaron con el terreno y aprendieron cómo navegar a través de cañamo, selva, pantanos, montañas y ríos. Encontraron los escondites de la guerrilla; las mejores posiciones para emboscadas y puestos de observación; y cómo las distintas temporadas afectaron los caminos. Con el transcurso de tiempo, los soldados aprendieron los mejores métodos de patrullaje en sus áreas y las mejores formaciones para prevenir emboscadas, enredar aldeas y atacar los campamentos guerrilleros.

El servicio prolongado de una guarnición en un área determinada proporcionó a los soldados contactos locales con la población, permitiendo que aprendieran el idioma para poder comunicar competentemente; desarrollar una red de espías y guías; y aumentar la escasez de mano de obra con los paramilitares filipinos tales como la policía, guardias armados y la milicia local. Los oficiales locales implementaron reformas atractivas para la población en su área. En algunos lugares, era una red de caminos para

permitir facilitar que los agricultores trajeran sus productos a los mercados. En otros, era la supresión de bandidos y sectas o el relevo de oficiales corruptos u opresivos.

Las misiones civiles y militares. A diferencia del Ejército de hoy en día, que claramente delinea las diferencias entre entablar la guerra y otras misiones, el Ejército de 1900 tenía amplias misiones en la administración civil. Hasta julio de 1901, el General Comandante del Ejército también fue el gobernador de las Filipinas. Este comando doble se extendió hacia abajo a los coroneles que sirvieron como comandantes de regimiento así como gobernadores provinciales, hasta capitanes y tenientes, que lideraron sus tropas en el campo a medida que sirvieron de alcaldes, oficiales de aduanas, jefes policíacos, recaudadores de impuestos, jueces civiles, jefes de ingeniería y inspectores de higienización.

El Ejército de los EE.UU. en las Filipinas hizo estos tipos de transformación suave y rápidamente. Los soldados no quejaron que este tipo de misión no era su misión verdadera o que una misión policíaca destruyera su eficacia en el combate. Los soldados persiguieron los guerrilleros pero continuaron a enseñar en las escuelas; construir caminos; proporcionar medicamentos y trato médico; asegurar la tolerancia religiosa; y en otras maneras, mostrar los beneficios del dominio colonial.

El Ejército intentó evitar las acciones que podrían alienar al pueblo norteamericano o filipino. La mayoría de los oficiales eran altamente eficaces administradores civiles. Eran honestos, capaces de administrar la papelería y detalle así como también tomar decisiones oportunas. No existe ninguna razón para dudar la sinceridad de los testimonios populares que recibieron a muchos oficiales en la población local.

Es posible que a los norteamericanos no les gustaba los filipinos, considerándolos racialmente inferiores, pero eso no impidió a los soldados realizar actividades buenas. Muchos soldados no percibían ninguna contradicción entre odiar a la población filipina y aceptar a los filipinos como individuos. Los soldados favorecieron fuertes medidas en contra de los guerrilleros y protestaron cualquier imposición de las mismas medidas contra “sus” habitantes. La victoria de los EE.UU. en las Filipinas dependió en gran parte de la voluntad de un número suficiente de oficiales de aceptar las responsabilidades civiles como parte esencial de la pacificación.

Coerción. No obstante la gran satisfacción emocional que los oficiales norteamericanos sentían al construir de escuelas y erradicar enfermedades, reconocieron que “el objetivo militar, la derrota de la guerrilla, era la tarea más esencial”.²⁰ Dado que la guerrilla usa la población como fuente de logística, información, mano de obra y asilo, muy pronto los norteamericanos fueron obligados a castigar individuos y comunidades. Los soldados norteamericanos destruyeron cultivos, granjas, embarcaciones y ganado en las áreas sospechadas de apoyar a la guerrilla, y exigieron lo que un oficial calificó “la más justa retribución y represalia”

para los ataques efectuados en contra de las tropas norteamericanas.²¹ La destrucción incrementó en frecuencia y ámbito, y mientras que se justificaban estas sanciones bajo la ley militar, también reflejaron la convicción entre muchos oficiales que “la aplicación prudente de la antorcha es la forma más humana de entablar este tipo de guerra”.²²

El nivel de represalia dependía de las percepciones de los oficiales con respecto a fortaleza y apoyo popular de la guerrilla. Un oficial en una provincia que él consideraba erróneamente pacificada escribió en una carta a su esposa, “Hasta ahora, nunca quemé una casa ni corté un árbol, ni flagelé ni ahorqué a ningún nativo, y no tengo la intención de hacerlo. Si no podemos conquistar a estos salvajes sin recurrir a métodos españoles mi noción es que sería mejor salir de estas islas y dejárselas.”²³

En Panay, durante gran parte de 1900, parece que hubo

Las opiniones en el cuerpo de oficiales del Ejército de los EE.UU. eran un reflejo de las de los líderes políticos del Gobierno de los EE.UU. La mayoría de oficiales, incluyendo una minoría que se opuso a la anexión, tenía opiniones hostiles tanto paternalistas como racistas respecto al desarrollo de naciones.

un esfuerzo de limitar el castigo sólo para los culpables.²⁴ En la parte sureste de Luzón, un área en donde el nivel de resistencia era tal vez el mayor en todo el archipiélago, existía un mayor apoyo a los actos de represalia. En febrero de 1900, el comandante del distrito ordenó que “las comunidades que proporcionan asilo a los criminales y que los permiten actuar en contra de los EE.UU. tendrán que sufrir en alguna forma por los actos de estos criminales.”²⁵ A pesar de algunas protestas, la mayoría de los oficiales en el área parecen haber aceptado este principio de responsabilidad colectiva. En cuanto a un área especialmente recalcitrante, un oficial dijo, “sería extremadamente difícil controlar esta sección del distrito a menos que quemar todas las aldeas en donde toman asilo los insurgentes, forzando así a la población a venir a los pueblos durante la temporada de lluvia.”²⁶ Otro oficial que encabezaba una operación de rastreo en el campo dijo, “Mi sugerencia es quemar sin restricción y matar a cualquier hombre que corre.”²⁷ En 1901, una patrulla quemó 180.000 libras de arroz y 60.000 libras de maíz en poco menos de una semana.²⁸ Estos métodos crearon muchas dificultades para la guerrilla así como para los no combatientes, pero eran esenciales para quebrar la resistencia guerrillera y ganar la aprobación popular—sin importar si se obtenía a regañadientes— de la autoridad de los EE.UU.

Operaciones conjuntas. Las características geográficas del archipiélago de las Filipinas obligaron el Ejército y la

Armada a colaborar en las operaciones anfibias. Después de un comienzo difícil, causado principalmente por un choque de egos de los comandantes superiores respectivos, estas dos instituciones armadas cooperaron con éxito. La Armada, que bloqueó todos los puertos desocupados esencialmente poniendo fin al comercio entre las islas, previniendo la comunicación entre los rebeldes así como la obtención de apoyo externo, era el elemento clave en convertir la guerra de las Filipinas en una serie de luchas regionales y no una guerra nacional. La Armada también proporcionó la habilidad de desembarcar y atacar a lo largo de la costa. Una de estas operaciones resultó en la captura de Aguinaldo.

Innovación y adaptación. El Ejército fue a entablar la guerra con las tácticas que se diseñaron para los campos de batalla en Europa y que probaron ser adecuadas para el combate en las selvas, montañas y arrozales. El Ejército adaptó estas tácticas de acuerdo con las condiciones locales. En una provincia, la amenaza podría ser pequeños grupos de francotiradores que mantenían el fuego de hostigamiento constante en los pueblos ocupados; en otra, podría ser cazadores de cabezas primitivos; en una tercera, podría ser una multitud de fanáticos religiosos armados con machetes; en una cuarta, miembros de una tribu musulmana que entablaban la guerra desde adentro de las fortalezas de piedra y practicaban el suicidio ritual. Con pocas excepciones, la flexibilidad, cohesión de pequeños grupos y liderazgo de los EE.UU. en el frente por oficiales y suboficiales fueron suficientes para superar esta variedad de desafíos.

Inteligencia. A menudo se dice que en los conflictos de baja intensidad el medio más importante es la inteligencia, pero el esfuerzo del Ejército en las Filipinas fue accidentado: los servicios de inteligencia eran pequeños—normalmente uno o dos oficiales y algunos traductores—y su misión no fue bien definida. El alto mando—especialmente Otis—se atrasó en establecer un sistema más eficiente o adecuado.

Para la mayoría de su información, Otis dependió de colaboradores filipinos que pertenecían a la clase alta y que solían decirle lo que quería escuchar—que el pueblo filipino deseaba el control norteamericano y que sólo un pequeño grupo de caudillos, bandidos y terroristas lo oponían. Otis pasó esta desinformación a McKinley. Arthur McArthur, que asumió la posición de comandante general en mayo de 1900, entendió la necesidad para la inteligencia; no obstante, no se reorganizaron los elementos de inteligencia hasta el 13 de diciembre de 1900 bajo la División de Información Militar, que fue la organización a cargo de la traducción de documentos y la retransmisión rápida de información vital a las unidades en el campo. La inteligencia más productiva del Ejército provino de oficiales locales de las varias aldeas y provincias.

Dado que la política de asimilación benévola puso énfasis en las acciones cívicas, se requería que los comandantes de guarnición recolectaran una gran cantidad de información

acerca de las condiciones locales que a menudo tenía gran valor militar. Así, al crear gobiernos o fuerzas policíacas civiles; al controlar los fondos de pueblo; o al establecer alianzas con los consejeros de pueblo o miembros del clero, los oficiales a menudo destruyeron los gobiernos clandestinos, arrestaron a miembros de la guerrilla que pretendían ser amigos y aseguraron escondites de armas.²⁹

Logística. Uno de los grandes puntos fuertes del Ejército de los EE.UU. en la guerra de las Filipinas que podía poner la mayoría de sus fuerzas en las unidades de infantería de combate, no en la logística u otro tipo de apoyo. La logística era primitivo en comparación con la nuestra y a menudo horrible. Millares de tropas regresaron a los EE.UU. lisiados, y muchos luego murieron, debido a la incompetencia total y la inhabilidad de proporcionar comida, asilo y medicina adecuados por parte del Ejército. No obstante, los norteamericanos hicieron lo que su enemigo no pudo—sostener a las tropas en el campo. Los guerrilleros filipinos que evitaron la derrota militar a menudo tenían que rendirse por falta de comida y medicina. Más aún, la logística primitiva permitió el Ejército a poner 60 a 70% de su mano de obra formaciones de combate. En comparación, en Vietnam el Ejército requirió nueve soldados de apoyo para cada soldado de infantería en el campo.

Auxiliares filipinos. Durante la guerra en las Filipinas, las fuerzas militares de los EE.UU. sufrían del falta de personal. En su cumbre, había 70.000 hombres de las fuerzas de los EE.UU. en el archipiélago, pero normalmente no había más de 45.000. Debido a las prácticas de contabilidad, traslados, misiones destacadas y enfermedades, el total de soldados armados era 26.000, y eso para ocupar, pacificar y administrar casi 8 millones filipinos. Desde el principio, los norteamericanos dependieron del apoyo filipino, primero con la logística (empleando 100.000 filipinos en 1899), y luego como exploradores y policía y, finalmente, en unidades armadas.

Las FF.AA. de los EE.UU. podía alistar auxiliares filipinos en una variedad de maneras. Muchos filipinos opusieron la República Filipina y liderazgo revolucionario a nivel regional o nacional por razones tribales, religiosas o personales. Originalmente, los Exploradores Filipinos eran guerreros irregulares reclutados del pueblo de Macabebe para combatir en contra de la guerrilla en los pantanos de Luzón. Al haber servido los españoles por muchas décadas, los Macabebes eran el objeto de persecución brutal a las manos de los seguidores de Aguinaldo, predominantemente de origen Tagalo, cuando los últimos asumieron control de la provincia de Pampanga.

En Samar, los norteamericanos reclutaron una unidad de exploradores de las familias en el comercio de cáñamo que perdían el poder económico y político como resultado de la extorsión insurgente. Al fin de la guerra, más de 15.000 filipinos sirvieron en oficialmente reconocidas unidades de exploradores o policíacas y se destacaron bajo el liderazgo

norteamericano, hasta el punto que en 1905, con la excepción de la provincia Moro, las milicias locales llevaron a cabo la mayoría de las operaciones militares en el archipiélago.

De vez en cuando, en violación directa de los órdenes de Manila, oficiales locales reclutaron una variedad de sus propias unidades paramilitares secretas. Una combinación de venganza, fervor religioso y auto preservación impulsaron a los sectarios de la Guardia de Honor a juntarse con los norteamericanos en contra de revolucionarios anti-cleros en la provincia de La Unión. En el occidente de Mindanao, los jefes musulmanes locales consideraron a los católicos de las fuerzas revolucionarias con el odio proveniente de siglos de guerra e hicieron un buen trabajo en la supresión de los últimos que los EE.UU. enfrentaron poca resistencia armada.

En muchos pueblos, los oficiales solicitaron el apoyo de propietarios, empresarios o políticos que habían sufrido abuso a las manos de la guerrilla local. Estas elites reclutaron milicias que dejaron libre a las fuerzas de los EE.UU. de las misiones de seguridad de pueblo y que se juntaron con los soldados de guarnición para perseguir los guerrilleros en las partes más lejanas. Las fuerzas policíacas locales, muchas veces difamadas en algunas áreas, se probaron eficientes como fuerzas contrainsurgentes en otras. Como es el caso en muchas operaciones de contrainsurgencia de los EE.UU., la habilidad de los oficiales locales de adaptarse, ajustar e innovar fue lo que a menudo determinó si las fuerzas locales jugaron roles significativos en la pacificación.

Lecciones aprendidas

Kaplan tiene razón en su aserción que los actuales oficiales militares deben “Recordar a las Filipinas”. La pacificación norteamericana del archipiélago ofrece una rica fuente de lecciones acerca de procedimientos de contrainsurgencia y es un caso de estudios sin par de las dinámicas de una insurgencia agraria regional no marxista. Por lo tanto, a todos los niveles, desde la creación e implementación de amplias políticas cívico-militares hasta el papel crucial jugado por los proyectos cívico-militares y las técnicas utilitarias de la guerra selvática, la guerra de las Filipinas enseña mucho. No obstante, existen razones que la experiencia filipina ha sido ignorada por casi todos los oficiales de los EE.UU. por más de un siglo. Era compleja y confusa y resiste un análisis militar convencional. De hecho, los oficiales deben pensar en asuntos fuera de su experiencia y estar dispuestos de llevar a cabo estudios y auto reflexión intensiva para aprender las lecciones del conflicto.

La experiencia filipina no conforme fácilmente en los marcos convencionales de desarrollo de naciones o las operaciones de no guerra, y cualquier esfuerzo para forzarla a conformar probablemente resultaría en conclusiones que son tan simples que sean inútiles o peligrosas. Aparte de estas renuncias, un estudio de la guerra en las Filipinas puede

enseñar cinco lecciones esenciales a los oficiales de hoy en día. Primero, existe la lección crucial que los guerrilleros no son invulnerables. A menudo son desunidos y divididos; tienen gran dificultad en mantener el apoyo popular continuo; sus líderes a menudo son militar y políticamente ineptos; y el tiempo favorece las fuerzas ocupadoras.

La segunda lección es que en una guerra que es esencialmente una lucha por el control local, el papel del comandante local—ya sea insurgente o norteamericano—es crucial. Además de la importancia de una temprana y constante integración de misiones civiles y militares, es crucial reconocer la importancia de los asuntos locales. Los líderes de mayor jerarquía reciben toda la atención, pero a largo plazo, pueden ser menos importante en la historia de Irak que las

El término desarrollo de naciones es inadecuado para describir la política militar de los EE.UU. en las Filipinas, pero debemos tener cuidado con sustituir el término asimilación benévola, aunque este término era uno de los pilares de la política militar de los EE.UU. en las Filipinas y, en algunas regiones, tal vez el aspecto más importante de la ocupación norteamericana.

docenas de oficiales que administran los gobiernos locales y que forman una nueva nación democrática.

La tercera lección abarca la inevitable necesidad de controlar las políticas punitivas o de represalia. Francamente, sería ingenuo o deshonesto pretender que los soldados continuarán a sufrir bajas sin responder o en alguna forma sacar la venganza. La probabilidad de que este tipo de represalia incrementará con el transcurso de tiempo. Las medidas punitivas siempre han sido para de las operaciones de contrainsurgencia de los EE.UU., y los comandante norteamericanos y sus oponentes han a menudo las describieron como altamente eficaces.

La cuarta lección enfatiza la necesidad de auxiliares locales, aún si significa aliarse con elementos bien desagradables. Necesitamos más Exploradores Macabebes, y debemos estar dispuestos de aceptar el hecho de que su comportamiento a veces está motivado por la venganza, vendettas tribales o el mal carácter.

Finalmente, como una institución, el Ejército de los EE.UU. debe estudiar la guerra de guerrillas, la revolucionaria, de insurgentes y la no convencional. La aversión que tiene el Ejército para cualquier otra forma de guerra aparte de los conflictos convencionales de gran escala ha sido parte de su cultura por muchos siglos. Irónicamente, durante la última década, mientras que el Ejército ha concentrado en la guerra futura y el mantenimiento de la paz, los estudiantes del Cuerpo

de Infantería de Marina han sido estudiando las más exitosas campañas de contrainsurgencia del Ejército.

Es apropiado alabar la iniciativa, el sentido común y pragmatismo que los soldados de los EE.UU. han mostrado en las recientes operaciones de desarrollo de naciones y pacificación, pero merece preguntarse si cumplirían sus misiones con más éxito si hubieran sido apoyados por un compro-

miso institucional más fuerte así como con más educación profesional. Si y cuando el Ejército se decida a enfocar su atención hacia los deberes de las “guerras pequeñas” que en realidad está cumpliendo y no en la hipotética “gran guerra” para la cual está preparándose desperdiciando tanto tiempo, sería mejor que prestara atención a la sugerencia de Kaplan: “Acuérdense de las Filipinas”. **MR**

NOTAS

1. Robert Kaplan, “Supremacy by Stealth: Ten Rules for Managing the World,” *Atlantic Monthly* (julio-agosto de 2003): pág. 80.
2. William McKinley a Wesley Merritt, 19 de mayo de 1898, Oficina del Auditor General del Ejército de los EE.UU., *Correspondence Relating to the War with Spain . . . April 15, 1898 to July 4, 1902*, 2 volúmenes (Washington, DC: 1902, *El Centro de Historia Militar*, reimpresión 1993), 2: pág. 676. De ahora en adelante citado como CWS.
3. McKinley al Secretario de Guerra [Russell A. Alger], 21 de diciembre de 1898, en Henry C. Corbin a Elwell S. Otis, 21 de diciembre de 1898, CWS, 2: págs. 858-59.
4. *Annual Report of the War Department*, 1899, 1, 24. De ahora en adelante citado como RWD.
5. Finalmente, los EE.UU. gobernó las Filipinas como una “posesión insular”.
6. Para un ejemplo de las diversas opiniones de los soldados que se opusieron a la anexión norteamericana de las Filipinas, véase Joseph I. Markey, *From Iowa to the Philippines: A History of Company M, Fifty-First Iowa Volunteers* (Red Oak, Iowa: Thos. D. Murphy Co., 1900), pág. 184; James Parker, “The Philippine Campaign” (sin fecha), Caja 28, Clarence Edwards Papers, Sociedad Histórica de Massachusetts, Boston; “Memoir,” John Henry Parker Papers, Archivos, Biblioteca de la Academia Militar de los EE.UU., West Point, Nueva York; H. Roger Grant, “Letters From the Philippines: The 51st Iowa Volunteers at War, 1898-1899,” *Palimpsest* (noviembre-diciembre de 1974): págs. 174-75. Según un autor, había “numerosas referencias oblicuas” en contra del expansionismo en las escrituras militares. Véase James L. Abrahamson, *America Arms for a New Century: The Making of a Great Military Power* (Nueva York: Free Press, 1981), pág. 76.
7. Para un ejemplo de las opiniones del Ejército acerca de la ineptitud de los filipinos para ejercer el auto gobierno, véase J. Franklin Bell a Henry C. Corbin, 17 de mayo de 1902, Caja 1, Henry C. Corbin Papers, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso [de ahora en adelante MDLC]; P.S. McGovern, “The Philippines: Let us take them out of the Political Football Arena,” *La Escuela de Comando y Estado Mayor (CGSS) Ensayo de Investigación Individual*, 1930, Biblioteca de Investigación de Armas Combinadas, Fort Leavenworth, Kansas; “Notes on the Philippines,” Caja 20, Matthew F. Steele Papers, Instituto de Historia Militar, Carlisle, Pensilvania [de ahora en adelante MHI]; Leonard Wood a Theodore Roosevelt, 18 de noviembre de 1906, Caja 37, Leonard Wood Papers, MDLC; Raymond E. Lee, “The Philippine Defense Problem,” 1 de marzo de 1927, Estudio para el Curso de la Escuela Superior de Guerra (AWC), AWC 1926-27, Archivo 235-82, MHI.
8. Hugh Lenox Scott, *Some Memories of a Soldier* (Nueva York: Century Co., 1928), pág. 461. Para los paralelos entre las Filipinas y la Frontera Occidental, véase Brian McAllister Linn, “The Long Twilight of the Frontier Army,” *Western Historical Quarterly* 27 (verano de 1996): págs. 141-67.
9. *Ibid.*, pág. 400.
10. Guy L. Edie al Asistente del Ayudante General (AG), el Oficial Prebost General, 31 de julio de 1900, RWD 1900 1, 10: págs. 283-88; John M. Gates, *Schoolbooks and Krags: The United States Army in the Philippines, 1899-1902* (Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1975), págs. 57-63.
11. McKinley, “To the Senate and House of Representatives,” 3 de diciembre de 1900, en James L. Richardson, ed., *Compilation of the Messages and Papers of the Presidents* (Nueva York: Bureau of National Literature, 1897-1922), 10: pág. 222.
12. McKinley, “Second Inaugural Address,” 4 de marzo de 1901, en Richardson,

- 10: pág. 244.
13. McKinley a Alger.
14. Para una crítica de las actuales interpretaciones de la guerra, véase Linn, “Taking Up the White Man’s Burden,” en Luis E. Gonzales-Vales, editor, 1898: *Enfoques y Perspectivas* (San Juan: Academia Puertorriqueña de la Historia, 1997), págs. 111-42.
15. John M. Stotsenburg al AG, 2ª Brigada, 8 de febrero de 1899, Caja 2, Entrada 764, Grupo de Archivos [de ahora en adelante RG] 395, Archivos Nacionales, Washington, D.C. De ahora en adelante, todas las citas de RG refieren a las colecciones de los Archivos Nacionales.
16. Para un resumen de algunas de las horribles atrocidades, véase, *Affairs in the Philippine Islands: Hearings Before the Committee on the Philippines of the United States Senate, 57º Congreso, 1ª Sesión*, Documento Nro. 331, del Senado de los EE.UU., abril de 1902, págs. 993-1,376.
17. Para ejemplos de estos gobiernos clandestinos, véase William Tutherly al AG, 21 de febrero de 1901, Carta Enviada 201, Compañías A-F, Libro de Cartas Enviadas, 26ª Infantería, Entrada 117, RG 94; Edgar Z. Steever al Comandante (CO), Vigan, 20 de julio de 1900, Carta Recibida 1286, Entrada 5583, RG 395; J.M. Thompson al AG, Departamento Luzon del Norte, 4 de enero de 1901, Carta Enviada 62, Entrada 2312, RG 395.
18. Buenaventura Dimaguila a Mariano Trias, 30 de noviembre de 1900, Documento 1125, en John R.M. Taylor, *The Philippine Insurrection Against the United States, 1898-1903: A Compilation of Documents and Introduction* (Pasay City, las Filipinas.: The Eugenio Lopez Foundation, 1906, Reimpresión 1971), 5, págs. 281-88.
19. Henry T. Allen a [¿John A. Johnston?], 21 de enero de 1902, Caja 7, Henry T. Allen Papers, MDLC. Para sentimientos similares, véase Dean C. Worcester a Sra. Henry W. Lawton, 5 de mayo de 1901, Caja 2, Henry W. Lawton Papers, MDLC.
20. Linn, *The U.S. Army and Counterinsurgency in the Philippine War, 1899-1902* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1989), pág. 170.
21. Charles J. Crane, *The Experiences of a Colonel of Infantry* (Nueva York: Knickerbocker Press, 1923), pág. 340.
22. Samuel B.M. Young, “Our Soldiers in the Philippines,” 13 de noviembre de 1902, Caja B, Samuel B.M. Young Papers, MHI.
23. Matthew F. Steele a Stella, 15 de agosto de 1900, Caja 7, Steele Papers.
24. A.A. Barker al Asistente del AG, Departamento de Visayas, 16 de septiembre de 1900, y Edward D. Anderson al AG, Departamento de Visayas, 7 de junio de 1900, ambos en el Libro de Cartas Enviadas del 26º Regimiento de Infantería, Entrada 117, RG 94; Walter H. Gordon al AG, 15 de mayo de 1900, adjunto en Walter Henry Gordon, 3927 ACP 1886, RG 94.
25. El Asistente del AG al General Comandante, 2ª Brigada, 2ª División, 5 de febrero de 1900, Entrada 4330, RG 395.
26. Benjamin F. Cheatham al AG, 2º Distrito, Departamento de Luzon del Sur, 29 de mayo de 1900, Carta Enviada 192, 37ª Infantería Libro de Cartas Enviadas, Entrada 117, RG 94.
27. *William Carey Brown Papers*, Diario, 2 de junio de 1900, MHI.
28. Para más información acerca de esta campaña en este área, véase Linn, *U.S. Army*, págs. 119-61.
29. Linn, “Intelligence and Low-Intensity Conflict in the Philippine War, 1899-1902,” *Intelligence and National Security* 6 (enero de 1991): págs. 90-114.

Brian McAllister Linn es un Profesor de Historia en la Universidad de Texas A&M y un Becario en el Centro Internacional Woodrow Wilson. Recibió su licenciatura de la Universidad de Hawai y su Maestría y Doctorado de la Universidad Estatal de Ohio. Es autor del libro The Philippine War, 1899-1902 (Lawrence: University Press of Kansas, 2000) y Guardians of Empire: The U.S. Army and the Pacific, 1902-1940 (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1997). Actualmente está escribiendo un libro acerca de la forma norteamericana de combatir una guerra.